

Revista de la Facultad de Medicina Veterinaria y de Zootecnia

Año XXI - Abril - Mayo - Junio de 1953 - No. 107

Director:
Dr. Rafael González Quintana
Decano de la Facultad

Jefe de Redacción:
Dr. Augusto R. Segura
Secretario de la Facultad

Administrador:
Sr. Juan N. Baquero

—
Dirección telegráfica:
«Veterinaria»

Apartado Nacional 3161
Bogotá, Colombia, S. A.

NOTA EDITORIAL

En pro y en contra de la profesión médico-veterinaria

Conferencia pronunciada para el
Curso Pre-Universitario de 1953,
por el Profesor Alejandro Patiño
Patiño.

Señores alumnos del año Pre-Universitario:

Cerrando el ciclo de conferencias con el que se ha buscado ayudarles en la escogencia de la ruta profesional que decidirán sobre sus actividades del futuro, quiero hablarles de mi profesión, escogida libremente, al igual que lo harán ustedes, en una época en que el optimismo y el intacto caudal de las energías vitales hacen más anchurosos y amables los horizontes del vivir.

La Medicina Veterinaria es una carrera novedosa pero no reciente. Cuenta en Colombia con algo más de treinta años y, sin embargo, como todas las cosas que poseen la común acepción del sustantivo novedad, todavía sigue siendo discutida y, en muchas instancias, hasta desconocida, en numerosas regiones e insospechados círculos de nuestro país. Así seguirá siendo hasta tanto que en las mentes juveniles de los hombres y mujeres que forman las generaciones estudiosas de nuestra patria, no se haya grabado el concepto fundamental de que los colombianos estudiamos y cursamos la Medicina Veterinaria, guiados únicamente por el amor a la ciencia y la voluntad de servir a la humanidad.

mente por un impulso nativo, un imperativo patriótico y, sólo en muy pocas ocasiones, por conveniencia personal o propia.

Un poderoso ancestro guía las facultades intelectuales y en el misterioso y recóndito laberinto de las afinidades hereditarias, bulle una antigua vocación. Las gobernaciones de «Nueva Andalucía y Castilla de Oro» cesan de improvisto de constituir simples sueños que impiden las rencillas de los conquistadores y se tornan en asombrosas realidades que trascienden los límites de sus primitivos mandatos, empujadas por los ímpetus incontenibles que guían a los hispanos hacia el Sinú, Valledupar, Magdalena, Córdoba, Bolívar, Santanderes, Llanos Orientales, Suroestes colombianos, Antioquia y Cundinamarca, rico centro y meta final de la aventurada empresa. La arisca sangre de los aborígenes hierve al contacto de la generosa sangre castellana y amalgama incontables generaciones de labriegos y pastores, andaluces y manchegos, de la Extremadura y de Asturias; de Castilla, Murcia, Galicia y Portugal. La Zoolatría pre-colombina se suaviza: el indio admira las proezas ecuestres de Ojeda, de Nicuesa y Fonte, cambia la antropofagia por el sabor del solomillo, se mira en los ojos cándidos y pacíficos de las vacas, quiere imitar la mansedumbre de las ovejas y ríe, divertido, con las andanzas del gallo en el corral. A medida que las centurias avanzan, cambia la recia macana con que surca la tierra, perfecciona su primitivo instinto de agricultor y aguza los instintos que buscan la fresca hierba para sus ganados y, por ello, Colombia es ahora un pueblo inveterado de pastores y la-

briefgos. Para comprobarlo, se hacen cálculos y se consideran, al lado de las escasas y ricas tierras dedicadas a la agricultura, cerca de treinta millones de hectáreas del áspero relieve de nuestra topografía, como definitivamente vinculadas al esfuerzo creador de una riqueza que lleva un sello inconfundible e invariable que solo rompen los caracteres halagüenos de una revolución fabril e industrial.

Pero el criollo, trasunto del muzárate, ha aprendido a curar y a medicinar sus rebaños, guiado quizás por las supercherías moriscas, los filtros arábigos o las misteriosas prácticas egipcias que, como inevitable atavismo, lo acompañan en sus empresas ganaderas. El colombiano de ahora siente, pues, un hereditario afán que lo empuja a curar sus animales, sin perfeccionar su primitivo instinto médico y esto constituye la primera desventaja para la Medicina Veterinaria colombiana.

Desenvolviéndose con los siglos, la opulenta riqueza agraria y pastoril que por fin redime, en pleno Renacimiento, con caracteres definidos, a la gleba española, involucra las primitivas faenas agrícolas e instintos de caza y pesca de los antiguos americanos y delinea certeramente una rica y provechosa industria. La colonia se basta a sí misma y la Nueva Granada ocupa ventajosa posición en el continente suramericano. Las faenas agropecuarias se convierten en ocupación de vital importancia para nuestro país. Colombia comprende y, pocos años después de la primera hecatombe mundial, hace su primero e imperioso llamado. Desde entonces hasta nuestros días, 300 colombianos perfeccionan y tecnifican su

nativo impulso vocacional y constituyen el núcleo médico-veterinario del país. Sus hombres asisten, no como meros espectadores, sino, al contrario, como fecundos gestores, al desarrollo pecuario y una riqueza de más de seis mil millones de pesos constituye la respuesta conjunta de los ganaderos y médicos veterinarios.

El sostenimiento y complemento de la fortuna así creada reclama insistentemente cuidados y afán. El progreso y crecimiento siguen un ritmo positivo y de ampliación. No bastan ya el tercio de millón de toneladas que rinden con sus carnes los incontables animales de diversa especie que son sacrificados anualmente; no es suficiente que vacas de diversa raza y producción entreguen dos millones de metros cúbicos de leche al año. Junto a los índices de consumo diario que aún resultan asombrosamente bajos, el problema de la desnutrición se ve complicado por el problema del vestido que no pueden satisfacer la producción de 2.000 toneladas de lana, anualmente obtenidas. El problema del calzado y manufacturas de cuero reduce al 20% la ya tradicional exportación de pieles crudas colombianas. El consumo anual de 589 millones de huevos resulta claramente insuficiente. El medio circulante se resiente por el pago de los 41 millones de pesos a que asciende el monto de la importación de animales comestibles, alimentos animales, cebo, lana y sub-productos y otras diversas materias primas de origen animal que se lleva a cabo en el año 51.

Se hace indispensable vincular más hombres, tierras y animales a la necesidad común. La Patria reclama sin cesar y es así como, al menos, un pe-

queño número de entre cada una de las generaciones universitarias, responde cada año, casi instintivamente, a su imperativo mandato. Tales son las razones y la urgencia patria, que, en mi sentir, explican hoy ante ustedes la razón por la cual un bien pequeño número de colombianos amamos una carrera que muchas veces no encuentra vocería o siquiera gratitud en personas o intereses que le están íntima y necesariamente allegadas. Luchamos como los apóstoles por la fe y la enseñanza y nos esforzamos denodadamente porque mucho más de las 7/26 partes de la heredad colombiana, dedicadas hoy a la ganadería, rindan a este particular bienestar común, pues creemos que tal esfuerzo debe ser proporcionalmente igual para cada una de las 26 divisiones administrativas de la república.

No podría decirles, en este momento, que la urgencia y reclamo patriótico se hayan detenido. No sería exacto

afirmar que, sentadas las bases generales del desarrollo pecuario en el país, fuera suficiente confiar la pesada carga de las responsabilidades que, la solución de los actuales problemas ganaderos significan, solamente a la reconocida capacidad y tesónero esfuerzo de los ganaderos colombianos. Nadie ignora que tales soluciones revisten un carácter esencialmente técnico y que las direcciones de entidades oficiales o privadas, a cuyo cargo gravita el planeo y la clase de medidas que hayan de tomarse, deben aunar, con la experiencia, una inspiración profundamente científica e igualmente universal para todas las especies y diversas tecnologías pecuarias. Ejecuciones y realizaciones ur-

gentes que apenas se esbozan o han comenzado, quizá presupongan equipos y personal puramente profesional. De esta manera, la Patria reclama imperiosamente la dirección y ejecución médica-veterinaria de los siguientes aspectos:

1º El estudio, identificación y conducta médica, profiláctica e higiénica sobre buen número de enfermedades aparecidas recientemente en diversas especies de animales colombianos. A este aspecto se suman las necesidades médicas y sanitarias, requeridas por enfermedades o epizootias que no han sido satisfactoria o completamente controladas.

2º La inaplazable lucha contra la mortalidad observada en todas las especies y que, debido a variadas enfermedades (conocidas o desconocidas), errores, desnutrición y diversas carencias, producen pérdidas anuales superiores a los 218 millones de pesos y reducen los efectivos ganaderos de crecimiento pecuario a cifras que yo estimo como apenas superiores a un 6.5% propendiendo por la conquista experimental de los medios y condiciones que nos permitan acabar con la general tecnología única de las tierras cálidas, ampliando el «techo» o margen de extensión de las grandes razas productoras.

Estos dos aspectos, por sí solos, permiten afirmar que resultan totalmente insuficientes los centros, institutos, laboratorios, instalaciones y estaciones experimentales, lo mismo que el personal y recursos consagrados a la investigación y diagnóstico causales. Además, en este vasto campo aún encontrarán satisfacción y probablemente ocupación para toda una vida, mu-

chos estudiosos y amantes de la bacteriología, virología, parasitología y anatomía patológica. Una realización feliz como sería la creación del instituto Veterinario de Patología Experimental, aunaría, por fin, y haría enteramente eficaces los trabajos aislados de clínicos, bioquímicos, farmacólogos, terapeutas y diversos experimentadores sobre la materia viva, ensanchando y dando cabal importancia a los apasionantes estudios de la ciencia experimental.

Otros aspectos, relacionados con la nutrición humana, la zootecnia y fomento pecuarios: tales como el aumento de los suministros alimenticios, ensanche de las zonas destinadas a cría, ceba, carne, leche, lana, pieles, peces, manteca y diversos sub-productos animales, lo mismo que los referentes a la clasificación y organización de mercados, precios competencias, envase, transporte, entrega, legislación, esterilización, conservación de alimentos y eliminación de alteraciones, mermas o pérdidas, y de los intermediarios o especuladores, constituyen otros tantos problemas cuya solución requiere, por parte de las directivas, un indispensable basamento técnico y realmente especializado. A este tipo de obligaciones patrióticas del médico veterinario pertenece la difícil necesidad de perfeccionar una estimación de la mayor exactitud posible de los efectivos que constituyen la riqueza pecuaria o la acertada escogencia de los productos animales y sub-productos que deban industrializarse, lo mismo que la importante decisión de cuando podrá considerarse como realmente satisfecha la demanda interna y entrega prelativa, a los mercados nacionales, de anima-

les, alimentos y productos pecuarios para, sólo entonces, declarar libre la exportación y convertirnos en fuertes vendedores al extranjero, de ganado en pie, carnes enlatadas, lanas, hilazas, pieles y carnazas.

Todas estas causas, de tan urgente y vital interés para la nación, han determinado una verdadera y alta socialización de la profesión veterinaria y el fenómeno de la inmediata «absorción a sueldo», por parte del Gobierno, Asociaciones de Cría y Fomento, o Laboratorios y entidades privadas, de la casi totalidad de los profesionales del ramo, con lo que la iniciativa y ejercicio particular, se ven notablemente entrabados. Esto ha sido considerado, por la generalidad, como la segunda desventaja de la profesión. Pero, creo poder decir a ustedes, que tal estado de cosas tendrá su natural extinción solamente cuando el número de veterinarios sea tan crecido y de tan alta solvencia intelectual y moral que pueda imponer su propia independencia profesional y ya no tenga que prestar su ineludible colaboración, con el tesón y la voluntad con que siempre ha respondido a las necesidades vitales de la Patria.

Es cierto que el camino seguido por la profesión ha sido largo, precario y muchas veces sembrado de obstáculos e imponentes resistencias. Pero el tiempo ha hecho justicia y los éxitos no pueden contarse solamente por las contribuciones al aumento de la población pecuaria, tan escasa hace 30 años (unos 5½ millones de vacunos), por el alto monto de la producción animal en 1950 (\$ 1.319 millones) o por el reconocimiento y solvencia que hoy, con escasas excepciones, han puntualizado las entidades oficiales y

de crédito; las Asociaciones de razas, cría, ganaderos y agricultores, a nuestra profesión, sino también por las altas conquistas morales e intelectuales que le dan blasones de lustre y autoridad, mucho más allá de las fronteras gran colombianas.

Pululan todavía el ejercicio fraudulento y las panaceas milagrosas. El ganadero colombiano de tipo general no es hostil para con el profesional que lo visita. Por el contrario, lo acompaña, casi siempre lo agasaja; las más de las veces lo estudia y analiza con detenimiento y, con frecuencia, no lo cree. Surge la instintiva desconfianza, brotan los impulsos ancestrales, soplan las consejas y se agotan los recursos caseros y los modernos remedios mal usados. Entonces el animal agonizante servirá de prenda entre lo antiguo y lo presente, entre el empirismo y la técnica actual. Es, pues, imperioso y me corresponde el hacerlo presente entre ustedes, que el profesional médico veterinario de hoy, enfrentado a las antiguas y arraigadas convicciones o a las modernas y audaces mixtificaciones, y también a la extralimitación de fronteras profesionales, deberá poseer un caudaloso acervo de conocimientos y de personalidad. Su profesión no lo escudará contra las acechanzas y tampoco le servirá de escabel para escalar los pínaculos de la ventaja y el poder. Su lucha ha de ser casi siempre individual y los éxitos que coseche serán sólo el fruto de su solvencia, capacidad e ingenio personales.

Nunca es tan necesario como ahora el que una rigurosa selección y tan severas como austeras y largas pruebas, acrediten la patente profesional. La Facultad a que pertenezco y que

hoy me ha comisionado para representarla ante ustedes, así lo siente y, como ya hube de expresarlo antes, nuestra carrera es de veras una de las que exigen mayor devoción, consagración y sacrificio.

Pecaría de inexactitud si además no consignara que muy pocos de los nuestros han venido siguiendo conveniencias que sus bienes de fortuna, familiares o personales, les imponían. Para ellos, el estudio de la medicina veterinaria constitúa una brillante e irrefutable manera de servir a sus intereses patrios, regionales o de fortuna personal. Pero, en general, esta profesión no brinda todavía ventajas personales, por la elemental razón de que solo con la concesión de crédito, colectivo o individual, o bien, con una verdadera y ajustada protección a la pequeña industria e iniciativa individual, el médico veterinario podrá se-

guir las ricas posibilidades aprendidas en los claustros de su Facultad y, podrá, por fin, tener derecho al beneficio y derivación de alguna ventaja personal que entonces sólo será el legítimo fruto de su esfuerzo y a la que, por otra parte, tendrá pleno derecho por sus incansables y útiles pasos a lo largo y ancho de una tierra que le es tan entrañable.

Tales son en síntesis los rasgos sobresalientes, las ventajas y vicisitudes de la profesión del médico veterinario que, por la alteza de sus miras y la confianza que tiene puesta en Dios, cree aspirar a poder servir desinteresadamente a su Patria y a sus conciudadanos. Para terminar quiero dejar constancia de mis votos de aplauso al señor Director del curso Pre-Universitario por la acertada y pedagógica oportunidad e importancia de estas conferencias.

Clínicas de la Facultad

EN LAS CLINICAS DE LA FACULTAD SE ATIENDE PERMANENTEMENTE TODA CLASE DE CONSULTAS

CUENTA CON MAGNIFICOS ESTABLOS PARA LA HOSPITALIZACION Y TRATAMIENTO DE LOS ENFERMOS